

Traductores de la Orden de San Jerónimo en los siglos XVII y XVIII¹

1. INTRODUCCIÓN

En el marco de la traducción llevada a cabo por los monjes en los *scriptoria* hemos focalizado la atención en la Orden de San Jerónimo, cuya figura inspiradora y patrón de los traductores fue insigne escritor, agudo filólogo y exegeta de textos bíblicos, como paso previo al proceso de traducción de dichos textos al latín. Si bien, en los monasterios jerónimos la transcripción y la traducción de textos en los *scriptoria* no se ceñía exclusivamente a los textos religiosos, sino que también encontramos en las bibliotecas monacales textos científicos, filosóficos, literarios, entre otros, sí es cierto que el contenido religioso es predominante, bien fuesen textos de espiritualidad, obras homiléticas, sermonarios, textos teológicos, hagiográficos, y otros.

1 Desde estas páginas, considero de justicia expresar un sincero agradecimiento a Fco. Javier Campos y Fernández de Sevilla, OSA, pues sin su labor mediadora no hubiese sido posible presentar esta aportación a la historia de la Orden de San Jerónimo en el mundo luso-hispánico. Hace casi tres lustros fue miembro del tribunal que evaluó nuestra tesis doctoral sobre San Jerónimo. Además de ello, en el *simposium* anual del Instituto de Investigaciones Históricas y Artísticas de El Escorial, que él dirige con una encomiable generosidad académica y entrega organizativa, hemos presentado algunas de las comunicaciones que, en relación con la figura de san Jerónimo o con la Orden Jerónima, se han publicado después en las actas de dichos *simposia*, y, para este artículo sobre los traductores jerónimos, sin su labor previa de transcripción y edición de los textos sobre la Historia de la Orden que custodia la biblioteca del Monasterio de El Escorial, hubiese sido muy difícil rastrear datos sobre los jerónimos escritores y traductores.

Por otro lado, la costumbre de historiar en las Órdenes religiosas también se extiende, lógicamente, a la Orden de San Jerónimo. Entre los historiadores de la Orden destaca, por encima de todo, fray José de Sigüenza, pero no le quedan a la zaga otros historiadores como fray Francisco de los Santos, fray Juan Núñez o fray Ignacio de Madrid. Estos textos ofrecen numerosos y valiosos datos sobre los más diferentes aspectos de la Orden; entre ellos, los rasgos biográficos relevantes de aquellos monjes que han destacado en alguna de las funciones asignadas dentro de la Orden.

En un estudio anterior, nos centramos en los traductores de la Orden de San Jerónimo en los siglos XV y XVI². En esta ocasión, y como continuación de dicho estudio, nuestro interés se centra en los traductores jerónimos de los siglos XVII y XVIII. Para ello, hemos acudido a las fuentes fundamentales, a saber: los textos sobre la Historia de la Orden, escritos por los historiadores de la misma. En dichos textos, confeccionados a partir de la documentación enviada por los diferentes monasterios a tal efecto, son frecuentes las referencias a la falta de información por parte de los monasterios jerónimos, tanto de España como, especialmente, de Portugal, por lo que, consecuentemente, son escasas las menciones a los monjes traductores portugueses. A pesar de ello, se pueden obtener algunos datos relevantes al respecto, que permiten intuir la labor traductora de los monjes y, posteriormente, hacer estudios de tipo comparativo entre los textos traducidos en unos u otros monasterios, así como entre la formación de los monjes a un lado y otro de la frontera.

Las dos obras fundamentales que han constituido la fuente primordial de información para nuestro estudio son las siguientes: Por un lado, la *Quarta Parte de la Historia de la Orden de San Geronimo*, del P. Fr. Francisco de los Santos, profeso del Real Monasterio de San Lorenzo, Lector de Escritura Sagrada, Rector de su Real Colegio, Prior de los monasterios de Bornos y Benavente, Visitador General de Castilla, León y Burgos e Historiador de la Orden, obra publicada en Madrid, en la Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, impresor de Su Majestad el año de 1680, y que abarca los años 1573 a 1673³. Por otro lado,

2 Véase al respecto Pilar MARTINO ALBA «Traductores de la Orden de San Jerónimo en los siglos XV y XVI» en *eHumanista* 28 (2014), p.384-394.

3 La obra consultada ha sido la edición facsímil, con estudio preliminar de Fco. Javier Campos y Fernández de Sevilla, publicada en 2008 por el Instituto de Investigaciones Históricas y Artísticas de San Lorenzo de El Escorial.

la *Quinta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, que comprende los años 1676 a 1777, escrita por Fr. Juan Núñez, monje profeso del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, cuyo códice consta de 1600 folios⁴. De estas obras hemos extraído datos que, posteriormente, nos permitirán rastrear la traductografía jerónima, con el fin de poder realizar, más adelante, estudios traductológicos desde diferentes perspectivas de la teoría de la traducción.

En nuestro estudio incidimos en la importancia del monje traductor como mediador lingüístico y cultural, así como en la valiosa aportación que su trabajo suponía para el enriquecimiento de las bibliotecas monacales y, con el paso de los siglos, la repercusión de los fondos bibliográficos, producto del trabajo en los *scriptoria* como fuentes documentales para la investigación bibliográfica en general, y traductográfica y traductológica en particular, ya que era costumbre que estas obras traducidas incluyesen en prólogos y prefacios datos relativos a las dificultades planteadas en el proceso traductor y soluciones por las que optaban en la traslación textual, siguiendo de esta manera el ejemplo del inspirador de la Orden y patrón de los traductores, San Jerónimo.

2. LA HUMILDAD FRENTE AL TRABAJO INTELECTUAL

El poliglotismo en las Órdenes religiosas es un hecho que no se valora en su justo término ni dentro de las propias Órdenes ni fuera, en el siglo; en muchas ocasiones por desconocimiento de la importante labor intelectual que se lleva a cabo entre los muros de los monasterios. En las Órdenes religiosas se ve como algo normal, como una actividad inherente a la formación de los religiosos y de la vida diaria, y no parece haber conciencia de que su labor de mediación lingüística y práctica de la interculturalidad traductora ha contribuido al entendimiento de pueblos de la más diversa procedencia. Desde fuera, quizá esa velada corriente social de rechazo hacia lo que tenga que ver con la religión, provoca que en la investigación académica la Historia de la Iglesia en sus muy diferentes facetas no

⁴ La transcripción del códice ha sido realizada por el P. Fco. Javier Campos y Fernández de Sevilla, acompañado de un completo estudio introductorio y publicado en 1999 por el Instituto de Investigaciones Históricas y Artísticas de El Escorial.

sea tema prioritario, a no ser para los propios miembros de las Órdenes religiosas o, en algún caso puntual, del clero secular, aunque menos, y unos cuantos investigadores que se dedican a la causa por la cosa en sí.

La poca importancia, pues, que se concede al poliglotismo y a la labor traductográfica llevada a cabo a lo largo de los siglos en diferentes Órdenes religiosas, provoca que, para el investigador, rastrear esta labor se convierta, en ocasiones, en una ardua tarea. Además de ello, en líneas generales, el motivo de que en las fuentes consultadas para nuestro estudio sobre la Orden de San Jerónimo haya escasez de datos, se debe a que los textos de la Historia de la Orden tienen unos destinatarios concretos: los propios miembros de la Orden, y el relato de las vidas edificantes de los que les precedieron debía servir como modelo de comportamiento en la Religión. Así pues, lo que se destaca es precisamente humildad, obediencia y pobreza en el transcurrir vital entre los muros del monasterio; también el destino de cada uno en las diferentes tareas para que funcionase la comunidad, y sólo cuando alguno descollaba realmente en los estudios y había alcanzado algún cargo relevante en la Orden, se mencionaban sus cualidades para el estudio, la escritura, la oratoria y la docencia. En el caso de los monjes a quienes se les encomendaba una tarea traductora, y habían destacado precisamente en ella, se menciona en ocasiones el parangón con el inspirador de la Orden, precisamente el patrón de los traductores, san Jerónimo. El relato sobre el trabajo intelectual de algunos monjes, a imitación de san Jerónimo, serviría, pues, como literatura edificante. Especialmente ejemplarizante para el monje lector del siglo XVIII y comienzos del XIX, una época ya de vacilaciones y relajación de la vida monástica.

En la primera de las obras antes mencionadas como fuente documental, fray Francisco de los Santos sigue la norma establecida por su predecesor, fray José de Sigüenza, en relación con el tema central de nuestro interés, a saber: las aptitudes y actitudes de los monjes en el estudio de las letras. Muchos de los que han descollado en el estudio de la Gramática y han demostrado tener interés y sabiduría por las materias lingüísticas, literarias y religiosas, son enviados al Colegio de Sigüenza, a Salamanca, al Real Colegio de San Lorenzo de El Escorial. Los grandes centros de formación religiosa, en definitiva, donde, con el tiempo, ejercerían diferentes pasantías y cátedras, o se les encomendarían responsabilidades en la forma-

ción de novicios, en la predicación, en el cuidado y organización de las librerías, etc.

3. LA LABOR LINGÜÍSTICA, TRADUCTORA Y TRADUCTOGRÁFICA DE LOS MONJES JERÓNIMOS EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

De la mayoría de los monjes no se mencionan con exactitud fechas que nos permitan enmarcar cronológicamente su vida, pues lo destacado es simplemente la fecha de profesión. Sin embargo, algunos detalles en torno a su labor en diferentes monasterios y la mención a otras personas ofrece pistas de su posible actividad traductora y el producto traductográfico de dicha actividad. Tal sería el caso de fray Carlos Bartholi o de Valencia, si bien nacido en el siglo XVI y presente en San Lorenzo de El Escorial durante la época en que allí estaba Benito Arias Montaña (finales de la década de los setenta y principios de la década de los ochenta del siglo XVI), muere a los 86 años de edad dejando loables escritos⁵ en la Librería de su monasterio, que este dato sí se ofrece en la Historia de la Orden. Por lo que respecta al objeto de nuestro interés, el P. De los Santos⁶ dice de él que era:

«[...] natural de la villa de Concentaina en el mismo Reyno [de Valencia] Auiendo estudiado Artes, y Theologia en la Vniuersidad de Valencia, y alcançado nombre de gran ingenio, le aconsejaron sus Parientes y Amigos se opusiesse à vna Cathedra [...] Vinose à San Gerónimo de Gandia a pedir habito [...] Siendo Nueuo aprendiò las Lenguas Hebrea, y Griega [...] en las quales se perficionò mucho después en el Real Colegio de San Lorenço [...]se hallaban allí el Doctisimo Arias Montano y el Doctor Sebastian Perez [...] y con tan grandes Maestros aprouechò mucho en las lenguas (de que traía tan buenos principios) y mucho mas en la Theologia Escolastica y Expositiua [...]

materias a las que se entregó enteramente y dejó varias obras escritas, entre ellas:

Indagines Sacra Scriptura, explicando en ellas lugares muy difíciles con grande claridad y Magisterio. Escruiò también sobre los quatro Euangelistas, sobre los Cantares de Salomon, y un tratado del Sacrificio de la Missa, otros sobre las Epístolas de S. Pablo, todo tan docto y lleno de tan Catholica erudición

5 De los Santos, p. 371

6 *Ibidem*, p. 370-371

y doctrina que si salieran à la luz sin duda dieran crecido lustre à la Religion y a la Iglesia [...] como un San Geronimo, à quien procuraba imitar en los vuelos de la pluma, como lo procuraba en las virtudes del Alma».

Como vemos en el fragmento, no hay alusión expresa a la traducción, traslación, versión, interpretación o cualquier término que nos pudiese indicar una posible producción traductográfica. Pero no cabe duda de que estos datos sobre sus conocimientos lingüísticos y sobre los textos que escribió, inducen a pensar que, al menos como ejercicio para el aprendizaje de lenguas, pudo hacer alguna incursión en la actividad traductora. Este expurgar las fuentes en busca de referencias a monjes versados en lenguas es, como hemos mencionado con anterioridad, la premisa para dar el segundo paso en la investigación sobre la actividad traductora en los monasterios jerónimos.

Uno de sus discípulos en el aprendizaje de las lenguas hebrea y griega en el monasterio de Cotalba o de San Jerónimo de Gandía, y que también sería enviado al Real Colegio de San Lorenzo de El Escorial, fue fray Gaspar Centoll⁷, quien fue tan versado en estas materias de lenguas extranjeras que posteriormente él mismo las enseñó en El Escorial. Otros monjes de este mismo monasterio valenciano fueron asimismo alumnos de fray Carlos Bartholi o de Valencia; aprendieron con él las lenguas hebrea y griega y descollaron por sus conocimientos lingüísticos y literarios: tal sería el caso, por ejemplo, de fray Martín Romeu (p. 372), Doctor en Teología por la Universidad de Valencia, quien dejó escritos varios tratados sobre las Sagradas Escrituras y seis tomos sobre las Epístolas de San Pablo. Lamentablemente, muchas de estas obras o bien no se dieron a la imprenta o el correr de los tiempos hizo que desapareciesen los manuscritos. Otros de los enviados al Real Colegio de San Lorenzo de El Escorial, para el perfeccionamiento de la lengua latina y el aprendizaje de las lenguas hebrea y griega, que era la llave que abría la puerta hacia una vida religiosa en la que el laborar monacal se centraba en las Letras, fueron fray Cristóbal Pérez de Roa⁸, quien en el Real Colegio de San Lorenzo aprendió las lenguas griega y hebrea; o fray Pedro de Castellón⁹. El aprendizaje de estas lenguas era «la mejor comprensión de

7 *Ibidem*, p. 372.

8 *Ibidem*, p. 374.

9 *Ibidem*, pp. 377-378.

los misterios de las Escrituras», dice el P. Santos¹⁰. Luego, aún sin mencionarlo expresamente, sabemos por ello que se ejercitaban en el estudio filológico comparativo y contrastivo, tal y como hiciera san Jerónimo en el proceso preparatorio previo a la traducción de las Sagradas Escrituras. No olvidemos tampoco que muchos de los más destacados en estos asuntos lingüístico-literarios, además de las materias religiosas, ocupaban durante un tiempo la Cátedra de Artes, después de un periodo de *passantía* o ayudantía de cátedra.

Si bien los datos concretos relativos a aspectos traductivos son escasos, cuando no inexistentes —aunque por lo referido en el texto, sí podemos intuir que los anteriores ejercerían también la traducción durante su estancia en el Real Colegio de San Lorenzo, junto a Arias Montano—, es cierto que determinadas referencias nos pueden inducir a pensar, por la procedencia de algunos de los monjes, que el trabajo traductográfico no era tan extraño al aprendizaje de lenguas, y en algunas ocasiones los monjes practicaban también la autotraducción. Así, por ejemplo, entre los primeros monjes que fray Francisco de los Santos menciona en el siglo XVII está fray Juan de Toledo (1601-1672), monje profeso del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres), cuyo nombre en el Siglo fue Juan Luis Ecart, bautizado en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el 22 de enero de 1602, y del que el P. De los Santos dice que:

Fue su Padre natural de Alemania, de el noble linage de Ecart, fidelísimo secretario de la Señora Emperatriz, Santa Fundadora de las Descalças Reales de Madrid; y su Madre Española, de la Prosapia de los Briceños. De esta Señora, siendo muy niña, profetizó Santa Teresa de Iesus, auia de ser Madre de vn hijo grande de la Iglesia [...] Aficionóse a las letras, y aprendió con toda perfeccion la Gramatica, y la Retorica, y llegó a tener la Veca en el Real Colegio de S. Lorenço, por eleccion del Señor Rey Filipo Tercero, donde se hizo excelente Philosopho, y Theologo [...] le hizo discurrir la obediencia por casi todos los Colegios de la Orden, aplicado a la Regentación de sus Cathedras de Artes, y de Prima [...] y de las Vniuersidades, dexando en ellas, y en nuestro Colegios de Avila, Coimbra, Salamanca y San Lorenço inmortal memoria¹¹.

Volviendo al arco mediterráneo, resulta interesante la manera de relatar fray Francisco de los Santos la vida y obra de

10 *Ibidem*, p. 378.

11 *Ibidem*, p. 335

fray Antonio Pi¹², natural de la villa de Colibre, obispado de Elna, en el condado de Rosellón, profeso del monasterio barcelonés de Valdehebrón. Para demostrar que era persona versada en letras y dominaba las lenguas, utiliza símiles y metáforas, de este jaez:

[...] abriendo los ojos a lo que son las cosas de la tierra, y considerando en más alta Gramatica los tiempos: el Preterito que no puede recobrase; el Presente que apenas ofrece vn instante de vida; y el futuro, que nadie sabe si se viuirá; determinò tomar estado Religioso, donde viviendo para Dios pudiese trocar los tiempos por eternidades¹³ [...]

Por lo que respecta a los monasterios jerónimos de otros ámbitos geográficos, en la relación de varones doctos que el P. Santos menciona del monasterio burgalés de San Miguel del Monte, destaca la vida y obra de fray Pedro de Santa María¹⁴, del que dice que:

[...] Antes de entrar en Religion, estudiada la Gramatica, pasó a oír Facultad a Salamanca [...] Estudió Artes y Theología en el Real Colegio de San Lorenço: salió con gran lucimiento, y vuelto a su Casa, predicó en ella, y en las Villas de Haro, Miranda de Hebro y en la Cathedral de Santo Domingo de La Calzada [...] Leyó también en su Convento la Cathedra de Moral y de Escritura largo tiempo, enseñando y explicando à los Monges lo fundamental de ella, como Hijo de Geronimo, que verdaderamente lo fue assi en la perseuerancia, en el estudio de las letras Santas [...] Quantas dudas y Questiones Morales y dificultades de la Sagrada Escritura se ofrecían en aquella tierra, las consultaban con él, Eclesiasticos, Religiosos y Seculares [...] Los escritos que dexó este Doctisimo Varon en materias de Moralidad, fueran de gran provecho para la dirección de las Conciencias, si a dos Tomos que escriuió no les hubiera sucedido perderse [...]

Vemos, pues, que también practicó la exégesis y, a raíz de estos, reflexionemos por un momento en qué tipo de lector es

12 *Ibidem*, p. 404

13 La lectura de este fragmento nos conduce inevitablemente al título de una monografía sobre diferentes aspectos de la Traducción, editada en 2007 por el Dpto. de Traducción e Interpretación de la Universidad de Alicante, promovida por F. NAVARRO y M. A. VEGA CERNUDA *et al.* y que rezaba así: *La traducción: balance del pasado y retos del futuro*, y que en su convocatoria había trasladado a los articulistas la siguiente cuestión: *Del preterito imperfecto al futuro perfecto ¿De dónde venimos y a dónde vamos*, haciendo uso de términos gramaticales con una cierta ironía.

14 Santos, *op. cit.*, pp. 476-478

un traductor. Según nuestro modesto entender, el traductor es un escrutador del texto, en el que no pasa por alto ni un solo detalle del contenido por muy oscuro que parezca durante la primera lectura, no pasa por alto ni una sola referencia paratextual, no deja en el cajón textos paralelos que le pudieran ayudar a esclarecer pasajes oscuros. Es, pues, un versado intérprete del texto. De hecho, en la iconografía de la actividad traductora de san Jerónimo, patrón de los traductores, una de sus representaciones es precisamente leyendo con atención un texto, fijando la mirada en el original a traducir¹⁵, asunto que el mismo san Jerónimo comenta en el prólogo Galeato cuando afirma lo siguiente: «[...] Y cuando hayas entendido lo que antes desconocías, considérame traductor si eres agradecido, o parafraseador, si desagradecido; aunque en absoluto soy consciente de que yo haya cambiado nada de la verdad hebraica [...]».

Hemos mencionado con anterioridad algunos nombres de jerónimos procedentes de los monasterios del arco mediterráneo, de cómo a los más avispados en cuestiones de Letras se les enviaba al Real Colegio de San Lorenzo, a Salamanca o a Sigüenza, pero resulta interesante comprobar cómo los monjes de algunos monasterios de tierras occidentales eran también enviados allende las fronteras, a Portugal, como, por ejemplo, al monasterio jerónimo de Coimbra, cual es el caso de fray Miguel de Santisteban¹⁶, procedente del monasterio de Zamora, nacido en 1605 en el Reyno de Galicia (p.522). Estudió en Madrid, estando al cuidado de un tío suyo. Regresó a su tierra de allí:

[...] pasó al Reyno de Portugal, a perficionarse en la Gramática y a estudiar Artes, donde en la Vniversidad de Coimbra, en nuestro Colegio conoció al Padre Fr. Francisco Gabaldà, entonces Lector en él, después General de la Orden, y Obispo de Segorbe [...]

15 A título de ejemplo, mencionaremos el lienzo de Benedetto Gennari (1633-1715). *San Jerónimo y un rabino (Baranina)*, óleo sobre lienzo, 100 x 136 cm., en el Museo Arqueológico, Burgos (en depósito desde 1882), por reflejar perfectamente una de las fases importante del proceso traductor, a saber: el de la comprensión exacta del texto original y sus posibles dificultades. Otro ejemplo representativo podría ser el lienzo de George de la Tour (1593-1652), *San Jerónimo leyendo una carta*, en la Royal Collection o, más recientemente, el que se custodia en el Museo del Prado con este mismo tema, y que fuera descubierta en 2005 en la antigua sede del Instituto Cervantes de Madrid, en el palacete de la Trinidad.

16 Santos, *op. cit.*, p. 522.

Tras una serie de avatares y viajes, entró en la Orden de los Jerónimos en 1634, a los 29 años de edad, y murió en 1669, habiendo dejado varias obras poéticas sobre temas de la Vida, Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo, así como otras sobre la Visitación, versos a Santiago Patrón de España (había peregrinado a Santiago de Compostela), a la conversión de san Pablo, Coplas a la Virgen y, cómo no, a san Jerónimo, al que siguió también en su afición itinerante.

También ocurría al contrario, es decir, que monjes portugueses fuesen enviados a monasterios españoles, como al de San Juan de Ortega, adonde fue a parar fray Juan de Ortega:

[...] Portugués de nación, devoto muy afectuoso del bendito San Juan de Ortega, cuya Casa escogió, y Apellido para vivir a su amparo y sombra [...], donde destacó por el estudio de los Libros Santos [...] para enseñar después a los monjes, que le admiraban y él les correspondía [...] no solo con fineza de Portugués, sino con Charidad de gran Siervo de Dios¹⁷.

En estos casos resulta lógico pensar que en los monasterios se practicaría la traducción consecutiva, la interpretación, en definitiva, entre monjes procedentes de otras latitudes¹⁸.

Otros monjes de este siglo XVII que destaca el P. Santos son, por ejemplo, el Padre Maestro fray Diego de Cázeres¹⁹, del convento de Salamanca, en cuya Universidad estudió Cánones y Leyes; después de haber estudiado Gramática, dio a la Orden una vida dedicada al estudio y la enseñanza:

[...] Así sacó a la luz de los Escolásticos, y de otras materias, diversos Libros, bien recibidos, y estimados de los doctos, como son el de la Summa Theologiae, impreso el año de 1648 y *In Quadragesimae & Adventus Evangelia, Catena Sacra moralis*, el año de 1635. Y en ese mismo año el de *Noe & Arca, Sacra relectio*, y otros *Opusculos*.

Se dice de él en la Historia de la Orden que siempre esta-

¹⁷ *Ibidem*, p. 583.

¹⁸ Este es un hecho que se ha dado siempre y máxime hoy día en España, donde la falta de vocaciones religiosas en nuestro territorio, ha provocado que un importante número de religiosos, tanto en las ramas femeninas como masculinas de diferentes Órdenes procedan de otros continentes, de otras lenguas y culturas muy diferentes, lo que exige el aprendizaje de la lengua e, inevitablemente, la traducción y la interpretación de lenguas entre los muros de conventos y monasterios.

¹⁹ Santos, *op. cit.*, p. 629.

ba en su celda escribiendo de materias escolásticas y morales, y sermones. No es infrecuente encontrar obras escritas tanto en latín como en español, como en este último caso mencionado

Si bien los historiadores hacen la relación monasterio por monasterio, verdaderamente se explayan cuando llegan al Monasterio de El Escorial, en primer lugar porque disponían de mayor información y, en segundo lugar, porque podríamos decir que era el gran centro intelectual de la Orden. En el libro cuarto, el P. Santos²⁰ menciona, a propósito del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial que los varones ilustres que han florecido en él, de esclarecida virtud y grandes letras, hubiesen bastado para llenar grandes volúmenes, entre ellos fray José de Sigüenza, historiador de la Orden, cuya obra publicó en 1605, dedicada a Felipe III. La importancia de fray José de Sigüenza como historiador de la Orden y escritor, oscurece sus trabajos como escritor en dos lenguas (latín y castellano) y como autotraductor. El P. Santos dice que sólo después de su muerte:

[...] se descubrió nueva mina preciosa de Escritos suyos [...] muchos sermones, explicados en verso Castellano, con admirables paráfrasis, en diversos metros, y otras Poesías Divinas, Sonetos, Canciones, Romances [...] puso el [salmo] xviii de David, que es: *Celi enarrant gloriam Dei*, explicándole y traduciendo en versos Saphicos y Adonicos Castellanos²¹ [...]

No nos extenderemos ahora sobre el P. fray José de Sigüenza, pues hay numerosos y eruditos estudios sobre su vida y obra, siendo especialmente relevante el estudio preliminar del P. Campos en la edición en dos tomos de la *Historia de la Orden*, publicada el año 2000 por la Junta de Castilla y León, así como los trabajos del historiador actual de la Orden, Fr. Ignacio de Madrid.

También a caballo entre el siglo XVI y el XVII destacan en este monasterio el bibliotecario sucesor del P. Sigüenza, fray Lucas de Alaejos, de quien el historiador P. Santos dice que después de estudiar la Gramática y de salir de «muy buen gusto en letras humanas, supo muy bien la Theologia y aventajose en lo Escriturario»²² gracias a sus conocimientos de las lenguas hebrea y griega, que aprendió en la Escuela de Arias Montano.

20 *Ibidem*, p. 692 y ss.

21 *Ibidem*, pp. 715-717.

22 *Ibidem*, p. 743.

Como bibliotecario dejó un índice de autores y materias, básico para facilitar la localización y posterior estudio de las obras custodiadas en la Real Biblioteca. No descuidó, como muchos de sus compañeros de Religión, aunque no se mencione expresamente en las sucesivas Historias de la Orden, la traducción y la autotraducción. Así, fray Francisco de los Santos hace la siguiente observación sobre él:

[...] Dexó escritos algunos Libros, cuya principal materia es el Reyno y Sacerdocio de Christo [...] guardase manuscrita y de su mano: y algunas traduciones que hizo de la lengua Latina en nuestro Castellano, especialmente en verso, con otros traslados de obras no suyas, hechos de su letra, que no se echa menos la de molde, ni en lo bien formado, ni en la puntuación, y ortographia.

Y otros como fray Martín de la Vera, que profesó a finales del siglo XVI (1584) y pronto destacó en las lenguas griega y hebrea y en todo género de buenas letras, por lo que pronto ejerció de pasante, posteriormente «Regente de la Cathedra de Artes» en el Colegio de Benavente²³; de ahí pasó a Párraces, Carmona, Sevilla, Tendilla y Espeja, de donde Felipe IV le nombró Prior de su Real Casa de San Lorenzo. Murió en 1637 habiendo dejado varias obras escritas, entre ellas *Instrucción de Eclesiásticos*. A los versados en Letras, el contacto cercano con la Librería, más aún, el que se les asignasen funciones, bien fuese de primer o segundo bibliotecario, les permitía una mayor profundización en la lectura y el estudio, y en ejercitarse en las lenguas que estaban aprendiendo o habían aprendido. Otro de los casos sobresalientes de bibliotecario cabal y riguroso lo tenemos en fray Andrés de los Reyes²⁴ (fallecido en 1638). Llegó de niño al Real Colegio y pronto mostró sus cualidades para el estudio, y fue nombrado bibliotecario segundo, función donde dio, según relata el P. De los Santos:

[...] muestras grandes de su ingenio, y habilidad, perficionose mucho en la lengua Latina, aprendió de nuevo la Hebrea, Griega, y Arabiga, y la Hebrea tan perfectamente que la leyó y enseñó después a los Hermanos de la Escuela diversas vezes. Fue su Maestro un Varon Docto, llamado David Colvillo, escocés de nación, a quien el Señor Rey Felipe Tercero dio plaza de Interprete, con obligación de asistir continuamente en las

23 *Ibidem*, p. 754.

24 *Ibidem*, p. 760.

Librerías de San Lorenzo el Real. Con este Varon, pues, comunicó muy familiarmente, y después que se fue a Roma, y pasó al Estado de Saboya, se escriuieron muchas Cartas en Hebreo, y en Latin. Con el estudio, y manejo de los Libros, vino este Siervo de Dios a hazerse muy capaz en los Tesoros que en la Librería se contienen [...].

Es indudable el interés por las lenguas y por la importantísima biblioteca que se había formado, gracias a Felipe II, y seguía formándose y creciendo con la adquisición de relevantes fondos. El descubrimiento de algún manuscrito inédito o de alguna obra considerada excepcional era comunicado y comentado como un hito en la especial importancia de esta biblioteca monacal, cual fue el caso de la carta que el P. Fr. Antonio Mauricio escribiera en 1635 al erudito italiano Lorenzo Cocci sobre el hallazgo de un texto griego hagiográfico inédito en la Biblioteca de El Escorial²⁵.

Por lo que respecta a la *Quinta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* (1676-1777), fray Juan Núñez aporta 125 biografías de jerónimos (91) y jerónimas (34), pocas, pues fueron pocos los monasterios que respondieron a la petición de envío de información sobre la centuria a historiar. Esta obra se estructura en torno a cinco libros, en el tercero de los cuales —correspondiente al tomo II de la edición mencionada al inicio— comienza la relación de vidas ejemplares²⁶. Estas biografías son de extensión considerable en algunos de los casos, lo que demuestra que la información que se enviaba para historiar la Orden, en el caso de que los monasterios emisores se tomasen en serio el encargo, lo hacían con profusión y lujo de detalles sobre la vida ejemplar y ejemplarizante de algunos de sus monjes. En otros casos, el P. Núñez se duele de la falta de datos debida a la mala organización y cuidado de papeles que había

25 Véase, al respecto, el artículo de Gregorio DE ANDRÉS en *Studia Hieronymiana*, t. I, Madrid, 1973, p. 695-718; y del mismo autor «Historia del texto griego escurialense (0-IV-30) de la vida de Santa Sinclética y sus traducciones latinas» en *La Ciudad de Dios*, 178 (1965), p. 491-511.

26 El libro tercero consta de veintisiete capítulos; el libro cuarto, dedicado a la rama femenina, consta de diecisiete capítulos; y el libro quinto, de treinta capítulos, refleja aspectos de jerónimos especialmente relevantes en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. A este respecto, resulta también interesante la obra *Monjes jerónimos del Monasterio de El Escorial* que escribiera en 1756 Francisco de Paula Rodríguez, bajonista en el Real Monasterio, editada en 2001 por Ediciones Escorialenses con una introducción e índices de Luis Hernández.

en algunos monasterios, como afirma, por ejemplo al referirse al monasterio de Santa Catalina de Talavera (Toledo): «No he podido saber de qué lugar fue natural [Fr. Juan de Santa María], porque por aquel tiempo en este monasterio no se sentaban en el Libro de Actas Capitulares las recepciones de los novicios y sus informaciones [...] faltan por el poco cuidado del archivo»²⁷.

Entre los monjes destacados del monasterio barcelonés de Vallehebrón, cita a fray Francisco Puig²⁸, natural de Castel Agram, del Obispado de Solsona. De él dice que cuando entró en el monasterio ya había estudiado previamente Filosofía y Teología, que se dedicó especialmente a los libros de coro, aunque no sólo, y que se ocupó de poner al día los fondos del archivo, haciendo un índice general de su contenido, facilitando a los demás la localización de documentos. De fray Francisco Martí y Sorribes²⁹, de familia noble, menciona el P. Núñez que fue uno de los varones verdaderamente ejemplares y literatos, padeció cárcel a raíz de una denuncia contra él ante el Tribunal de la Inquisición. A propósito de este episodio, el P. Núñez alude a las envidias que se daban en el interior de los monasterios. Posteriormente fue nombrado Procurador General en la curia romana, residiendo durante un tiempo en Roma, donde:

[...] Frecuentaba las famosas bibliotecas de que tanto abunda aquella santa ciudad, y singularmente la vaticana. Trabajó amistad estrecha con su erudito bibliotecario y custodio; de la comunicación literaria y extensión de materias que abrazaba con singular inteligencia, y de los documentos manuscritos e impresos que le franquearon con benignidad dicho custodio, fijó la idea de dar una prueba constante de gratitud a toda la Orden [...] en cuyo honor trabajó con cuidado [...] el árbol frondoso de la monástica jeronimiana familia³⁰.

En dicho árbol genealógico de la familia jeronimiana, que sumaba 24.339 miembros, mencionó a los «muy egregios escritores», por lo que este manuscrito constituye también un documento de interés para extraer datos que pudieran facilitarnos detalles para nuestro estudio.

Del monasterio de Santa María de la Sisle, cita al P. Maes-

27 Núñez, p. 138.

28 *Ibidem*, p. 88 y ss.

29 *Ibidem*, p. 90, vol. II.

30 *Ibidem*, pp. 92-93.

tro Fr. José de Toledo³¹. Cuando entró en la Orden ya había estudiado Teología en la universidad y se había ganado la aceptación general de sus oyentes. Le enviaron al Colegio de Salamanca, no como estudiante, sino para que «se formase un gran maestro en los diarios ejercicios que tanto brillan en aquella Universidad»³². Posteriormente, la Orden le honró con la plaza de lector de Artes, Maestro de estudiantes, Lector de Teología en el Colegio de Salamanca (durante 13 años) y una serie de puestos relevantes hasta llegar a ser General de la Orden. De este mismo monasterio toledano cita el P. Núñez a Fr. Martín de Santa María cuyo interés para nuestro rastreo de datos reside en que fue oriundo de Nancy, en la Lorena francesa, desde donde su familia se trasladó a Madrid. A propósito de este monje francés, el P. Fr. Juan Núñez escribe que: «Adornóle Dios de gran facundia y natural retórica en el decir y escribir».

Por lo que respecta a las páginas dedicadas a las biografías de las monjas jerónimas no hay precisamente muchas referencias a tareas escriturarias. En ocasiones se menciona que una determinada hermana aprendió a leer y cantar, y otras actividades conducentes a ser una buena monja.

Y termina, en fin, con los monjes del Real Colegio de San Lorenzo. A título de ejemplo, menciona al P. Maestro Fr. Francisco de Miranda³³, de quien destaca sus profundos conocimientos de Gramática y el estudio de la carrera de Leyes en la Universidad de Salamanca, tras lo cual determinó entrar en la Orden de San Jerónimo y fue enviado al monasterio de San Lorenzo, donde estudió Filosofía y Teología y donde fue elegido Lector de Artes y, posteriormente, pasó a la cátedra de Prima y de Vísperas de Teología, poniendo siempre de ejemplo de vida en sus cursos y sermones a san Jerónimo. Ocupó también importantes cargos en la Orden, como Definidor General, Visitador General de Andalucía y, más adelante, prior del importante monasterio valenciano de San Miguel de los Reyes. Su profunda formación humanística y su afición y entrega a la lectura de libros religiosos, en general, y de los grandes místicos, en particular, inducen a pensar que dominaría otras lenguas, entre ellas el latín, y que probablemente haría incursiones traduc-

31 *Ibidem*, pp. 161 y ss.

32 *Ibidem*, p. 162.

33 *Ibidem*, pp. 292 y ss.

toras para la elaboración de sus escritos. Otros de los mencionados por el P. Núñez como monjes destacados de San Lorenzo el Real son Fr. Gregorio de la Estrella³⁴, diciendo de él que fue admirable la rapidez con que aprendió a leer, escribir y canto de órgano. Teniendo diecinueve años ya era un buen «latino y retórico, y devotísimo de nuestro P. San Jerónimo [...]» o el P. Lector Fr. José de San Bartolomé, de finales del siglo XVII —conocido con el sobrenombre de P. Morata por ser éste su municipio de origen— del que dice que «[...] en la Gramática fue excelente y aventajado latino»³⁵ y ensalza en él los amplios conocimientos adquiridos en San Lorenzo, el excelente desempeño de sus funciones de pasante y, posteriormente, de catedrático, así como la profundidad de sus escritos:

[...] No se estrecharon sus alcances al corto cauce de la Teología escolástica; alcanzó, supo mucho y lo mejor de la moral. Quien leyese las materias, que sobre esta facultad dejó trabajadas, se vería forzado a confesar que había sido el único empleo de toda su vida, y no pudiera creer que le había quedado tiempo para otra lección; mas todo lo consiguió con su raro ingenio y grande aplicación al estudio [...] Y todo se originaba de la grande aficionada adhesión que tenía a las letras, y ésta de que entendía cuanto leía.

Otro monje de la misma época, finales del siglo XVII, pero de nombre Fr. Juan de San Bartolomé³⁶, destacó no por sus conocimientos de latín, como el anterior, sino porque «[...] aprendió con perfección la lengua arábiga y la escribía»³⁷. Descolló también en esta lengua, Fr. Matías de la Concepción, cuya ocupación en el monasterio de El Escorial fue la de boticario y quien:

[...] noticioso de que en la librería se guardaban selectísimos libros arábigos de la facultad botánica, se dedicó a estudiar la lengua arábiga y entendida, tomó de ellos cuanto le pareció y de este modo se hizo inteligentísimo en la facultad [...]»³⁸

34 *Ibidem*, pp. 298 y ss.

35 *Ibidem*, pp. 306 y ss.

36 Según Francisco DE PAULA RODRÍGUEZ: *Monjes jerónimos del Monasterio de El Escorial* [edición, introducción e índices de Luis Hernández, O.S.A.], Ediciones Escorialenses, 2001, p. 152, Fr. Juan de San Bartolomé profesó el 3 de noviembre de 1684.

37 Núñez, *op. cit.*, p. 152.

38 *Ibidem* p. 159

Interesante resulta también la mención al P. Fr. Matías de Algete³⁹ por sus buenos conocimientos de las lenguas árabe y hebrea y por sus escritos; o al P. Fr. José de la Nava⁴⁰, viajero impenitente que recorrió, en su aprendizaje itinerante, «las dos Castillas, parte de la Galicia y montañas, Vizcaya, Aragón y Navarra, parte del reino de Murcia y todo el de Valencia. Aprendió mucho en las costumbres, tratos, estilos y lenguas de estas tierras», poniendo en práctica el ejemplo de san Jerónimo. A propósito de este peregrinar para aprender que Fr. José de la Nava puso en práctica antes de entrar en Religión, afirma Fr. Juan Núñez lo siguiente:

[...] porque supo en previsión había de ser hijo de un padre, que para estudiar y aprender para después enseñar, no le halló después de los apóstoles más peregrino, pues quien anduviese más tierras, padeciese más trabajos, todo para bien universal de la Iglesia, no le encuentro, que a nuestro P. San Jerónimo⁴¹ [...]

El propio san Jerónimo menciona en repetidas ocasiones la conveniencia de viajar y conocer *in situ* los lugares mencionados en la Biblia para poder traducir correctamente los pasajes oscuros del texto original, como cuando en el prólogo al *Libro de los Paralipómenos* afirmaba que: «[...] Así como las historias de los griegos las entienden los que han viajado a Atenas [...] así también comprenderá más claramente la Santa Escritura quien ha contemplado con sus ojos la Judea [...]»

Avanzado el siglo XVIII son escasas las referencias a monjes que descollasen por sus dotes lingüísticas y escritoras, si bien es cierto que algunos ejemplos menciona el P. Núñez, cual es el caso del P. Francisco Javier de Ocaña⁴², del que da noticia sobre los libros que tenía en su celda, tales como las obras de santa Teresa, de la concepcionista M. María de Jesús de Ágreda, las *Epístolas* de santa Catalina, las *Confesiones* de san Agustín, las *Obras* del teólogo benedictino del siglo XVI Ludovico Blosio⁴³, entre otras. Cerramos estas breves referencias biográficas del historiador de la Orden, Fr. Juan Núñez con la figura

39 *Ibidem*, p. 312.

40 *Ibidem*, pp. 330 y ss.

41 *Ibidem*, p. 330.

42 *Ibidem*, p. 348.

43 Estas *Obras*, traducidas del latín al castellano por el benedictino P. Gregorio Alfaro, se habían publicado en París en 1602 y en Barcelona en 1609.

del P. Fr. Antonio de San José, pues su condición de bibliotecario del gran monasterio de San Lorenzo y la elaboración de los índices que hiciera en latín y castellano le puso en contacto con los más variados libros tanto en temática como en lenguas. De él quedan testimonios de la profesionalidad con que ejerció su tarea, hasta el punto de leerse todos los libros que copiaba y clasificaba⁴⁴ y que podía glosar y comentar su contenido, de manera que obtuvo el permiso de leer los libros prohibidos por la Inquisición mucho antes de que este cometido fuese oficial para los bibliotecarios mayores. En líneas generales, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial es una fuente de formación y acumulación de saber de los monjes que pasaron por sus estancias. Alguna referencia más a los monjes que destacaron especialmente por sus conocimientos de lenguas en el monasterio de El Escorial durante el siglo XVIII hace el bajonista de dicho monasterio en 1756, Francisco de Paula Rodríguez⁴⁵. Entre ellos, se extiende también en la figura de fray Antonio de San José, pues estuvo a su lado, en calidad de escribiente de los índices, en la fatigosa labor de ordenar, clasificar e indizar los fondos de la biblioteca del monasterio. Destaca su abarcador conocimiento de los fondos de la biblioteca e incluso su memoria fotográfica para saber qué tema se trataba en cada libro e incluso era capaz de glosar partes de su contenido, fuese en la lengua que fuese, pues dice: «[...] tenía tanta comprensión de la librería [que] sucedía tras cada paso venir libros y leerlos todos desde el principio al fin, como lo tenía de costumbre, fuese de la materia que se fuese [...]»⁴⁶.

Tanto ante las breves biografías de monjes de trayectoria vital más sencilla en la Religión, como en otros de mayor proyección y cargos de elevada responsabilidad, cabe preguntarse si en esa imitación de san Jerónimo, tantas veces mencionada por los diferentes historiadores de la Orden, y la lectura de sus textos, no reflexionarían también sobre el traslado textual de una lengua a otra, sobre el proceso de reexpresión; en definitiva, tal y como hiciera el santo patrón de los traductores a lo

44 También en esta tarea es inevitable recordar que el propio san Jerónimo, al finalizar sus estudios en la Academia de Donato en Roma, emprendió un largo viaje a Tréveris (actual Trier, Alemania), junto a su amigo Donoso, con el fin de copiar las obras de Hilario de Poitiers para que éstas formaran parte de su biblioteca personal.

45 Véase la referencia bibliográfica en la nota a pie de página número 8.

46 FRANCISCO DE PAULA RODRÍGUEZ, *op. cit.*, p. 191.

largo de su vasta obra traductora, especialmente en los prólogos y prefacios, aunque entre los investigadores contemporáneos de la traducción lo único que se cite del patrón de los traductores sean las reflexiones en torno a esta actividad que expresará en la epístola 57,5 a Panmaquio *Sobre el arte de bien traducir*:

[...] Yo no sólo confieso, sino que proclamo en voz alta que en la traducción de los griegos, a excepción de las Escrituras Santas, en las que la estructura misma de las palabras encierra su misterio, lo que yo traslado no es la palabra a partir de la palabra, sino la idea a partir de la idea. Y en esto tengo a Tulio por maestro, que tradujo [...] y dos bellísimos discursos intercambiados entre Esquines y Demóstenes [...] Me basta la autoridad misma del traductor, que en el prólogo a esos discursos dice: «Pensé que había que emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque no fuera necesario para mí mismo. No los he trasladado como traductor, sino como orador que soy; con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso» [...]

Son innumerables las referencias que hace san Jerónimo a la relevancia del trabajo del traductor, así como a diferentes aspectos de la profesión de mediador lingüístico para que el texto traducido llegue al lector meta y cumpla su función: desde la humildad del traductor para consultar a los informantes idóneos que puedan resolver un escollo propio de la cultura de partida, como la importancia de beber en las fuentes clásicas, en la literatura profana griega y romana para adquirir un estilo elegante y fluido al traducir, pasando por la necesidad de actualizar antiguas traducciones tras una estricta labor de revisión filológica, hasta llegar a la escritura de paratextos útiles para otros traductores durante el proceso traductor, y un sinfín de reflexiones que hoy día nos parecen modernas, si solamente tenemos en cuenta las reflexiones de los traductólogos desde la segunda mitad del XX en adelante, pero que ya las vemos en los textos del patrón de los traductores.

4. CONCLUSIONES

Durante la lectura de las obras sobre la Historia de la Orden a la busca de datos que proporcionen pistas sobre los jerónimos escritores y traductores, queda patente que la elección de aquellos que ocuparían cargos de responsabilidad en la enseñanza y en lo tocante a los libros se hacía por mérito y capacidad,

y una sólida formación teológica, lingüística, literaria. El futuro de la Orden no se dejaba al azar o a las filias, sino en manos de los mejor preparados para cumplir cada una de las funciones que formaban la cadena monacal.

Tenemos que pensar también que, aparte de los libros que se traducían como método para el dominio de una lengua o como ejercicio estilístico, en San Lorenzo de El Escorial se traduciría también la correspondencia con Roma y otra documentación interna de la Orden.

Tanto la traducción como la interpretación forman parte de la vida diaria de las Órdenes religiosas, especialmente en conventos y monasterios donde había presencia de religiosos procedentes de diferentes latitudes. Este hecho es aún hoy día más acusado que en siglos pasados, debido a la falta de vocaciones religiosas. Sin embargo, precisamente por formar parte del día a día, no se destaca o no se tiene en cuenta, como un hecho absolutamente relevante, para el entendimiento y la comunicación entre lenguas y culturas.

Las referencias de los historiadores de la Orden sobre la imitación que los monjes escritores y traductores hacían de san Jerónimo inducen a pensar que dichos monjes leerían las obras traducidas por san Jerónimo y, con especial atención, las ideas que expresaba en torno a la actividad traductora. Sin embargo, por considerarse esta actividad una más entre las muchas que el quehacer diario de los monasterios exigía, no se considera como algo extraordinario, lo que dificulta la labor del historiador de la traducción en la obtención de primeros datos conducentes a una relación y catalogación de jerónimos traductores y obras traducidas. Este hecho se extiende, en general, a la historia de la traducción en el marco de la Historia de la Iglesia.

Pilar MARTINO ALBA
Universidad Rey Juan Carlos